

"La Nación", Buenos Aires
11 agosto 1907

2-189
2-117

(Recogido en "De este y de
aprillo", tomo IV



LA POLITICA Y LAS LETRAS

(DE LA NACION)

SALAMANCA, Julio de 1907.

Acabo de leer primero el artículo «La profesión de las letras» firmado Pater y publicado en el número del 20 del pasado de este diario, y luego un trabajo titulado «De Rozas á Mitre», que firma Luis B. Tamini y aparece en el número 3 del volumen 2o. del tomo II de la revista bonafesente «Cadenas». Y establécese en mi espíritu una relación entre lo que Pater dice respecto á la profesión de las letras y un párrafo del Sr. Tamini.

El párrafo dice: «La ambición suprema del sudamericano es figurar en la vida pública, y los talentos que más cultiva, las letras, la elocuencia y el arte militar, no son más que los admiñculos. Y para llenar esa ambición todo lo sacrifica y todo lo arrostra, la libertad, la ruina y la muerte misma, y más aun, lo ridículo.»

Comprendo muy bien lo que dice aquí Tamini, porque en España sucedía y aún sigue sucediendo—aunque cada vez menos—una cosa parecida, y es que las letras no eran más que una escalera para trepar á los puestos públicos. Para muchos la justificación de la poesía de Núñez de Arce se hallaba en que llegó á ministro.

Son legión los que desprecian al escritor que no se fragua una fortuna ó no se hace con una influencia política. «Que tenía talento y se ha muerto desconocido y sin una peseta!—suelen decir—que se lo hagan creer á su abuela!»

Voy ahora á traducir aquí del portugués dos párrafos llenos de intensa verdad. Son del único historiador verdaderamente genial que ha producido la península ibérica en el pasado siglo, de Oliveira Martins, escritor maravilloso. Están tomados de su «Historia de Portugal», libro admirable. Pocas naciones cuentan con uno así.

Los párrafos dicen:

«La vacía agitación política, resultado necesario del régimen parlamentario, parece condenar á los países pequeños á una esterilidad intelectual, porque absorbe todas las capacidades desde que florecen. La dirección moral que sólo puede dar la ciencia desaparece, y los institutos y las academias se vacían para henchir los parlamentos y alimentar el periodismo. Vese, pues, una educación aparentemente más extensa, pero de hecho sin intensidad, ni vigor, condenada á una decadencia fatal. No se sabe más que lo prácticamente indispensable, y por eso mismo, el libro del saber necesario se cierra diariamente, llegando al cabo á una vulgaridad trivial.»

Esa misma agitación política, por naturaleza enemiga del carácter al que amenaza y deprime, vicia el temperamento de las naciones condenadas á sacrificar á la profesión sus mejores hombres. La corrupción, más ó menos positiva, la seducción de la vanidad, de las prebendas, de los empleos, de la influencia, lanza en los caracteres una semilla de perversión

que germina en el cuerpo de una sociedad desprovista de un grupo de hombres sabios, de caracteres fuertes, ajenos á las miserias comunes; fibra íntima, meollo resistente, que pone en jaque la influencia deletérea de la intriga.»

Es difícil decirlo mejor.

Y así ocurre. La política—y ¡qué política!—absorbe las energías de los hombres de algún talento que se creen ambiciosos. Y digo que se creen porque hay una ambición más alta, ambición de gloria duradera y de influencia íntima, aunque poco bulliciosa, que aparta á algunos, muy pocos, poquísimos, de la política.

Contribuye el público—al cual no hay que confundir con el pueblo—en quien el politicismo hace estragos. Por una persona que lea un libro ó siquiera un artículo científico, literario ó filosófico hay cuatro, cinco ó más que leen el extracto de la sesión de cortes. Los nombres de los políticos son los que con más frecuencia se leen en los diarios y para con el público la repetición es lo más prestigioso. Es por la cantidad, no por la calidad, como se impone uno á él.

En cuanto aparece en una tranquila ciudad de provincia un joven talentado, con ingenio, con elocuencia, con audacia, ya sus convecinos todos le señalan para futuro ministro. Y el pobrecillo rara vez consigue, si es que lo intenta siquiera, substraerse á la sollicitación del ámbito. «¡Tú serás ministro!» es la voz tentadora que por donde quiera surge en su alrededor. Y deja de estudiar y de formarse el espíritu para meterse en política. Y una vez en ella acaba por ser un político más, tan huero, tan rampión, tan ignorante y tan desaprensivo como suelen ser en general los políticos.

Pero si llega al ministerio sus convencidos le admiran y le aplauden, sobre todo si reparte entre ellos credenciales. Aunque á la vuelta de veinte años después de su muerte nadie se acuerde de él.

En más de una ocasión se ha hablado aquí, en España, de hacer ministro á Ramón y Cajal, pero nuestro prestigioso histólogo lo ha rehusado diciendo que no le queda tiempo para eso. Y son muchos los que no quieren contentarse de que Cajal sirva mejor á España haciendo histología y contribuyendo con sus descubrimientos á levantar nuestro buen nombre que no la serviría entrando en un ministerio para salir de él acaso como salió en Francia del suyo Berthelot, el insigne químico.

En cierta ocasión en que instaban á Spencer para que presentase su candidatura para miembro de la cámara de los comunes hubo de responder, se dice, que él con sus libros y sus publicaciones había contribuido á los progresos de la legislación en su patria tanto por lo menos como el diputado más influyente en la cámara. Pero nuestro público no entiende esto.

Nuestro público ha heredado no poco de aquellos ciudadanos griegos y romanos que mientras los esclavos labraban los campos, hacían el pan y también en mucha parte la filosofía y la ciencia, se pasaban las horas en el agora ó en el foro oyendo disertar á los retores y hombres públicos sobre los negocios de la república.

SALAMANCA
SAL.ES



Un triunfo parlamentario es aquí para muchos la consagración de un talento. «Allí, allí le quisiera yo ver—se oye á menudo—entre aquellos primeros espadas!» Y estos primeros espadas, estos nuestros prestigios parlamentarios, los grandes oradores de nuestro congreso, son muy inferiores en cultura, en inteligencia y en arte á nuestros buenos literatos y hombres de ciencia.

Tomemos uno de estos oradores parlamentarios, un joven abogado que con unos pocos discursos llega á ser considerado como uno de los maestros de nuestra tribuna y una de las eminencias intelectuales de la nación. Tomad uno de sus discursos é intentad leerlo; ¡imposible! Es una serie de los resobados lugares comunes expuestos de la manera más descarnada, más seca, más «sahárica», y á la vez más difusa que sea posible.

Ni una idea nueva, ni una frase de esas que nunca se olvidan, ni una metáfora fresca. Aquello es insuportable. Y cuando yo he presentado estas observaciones á alguno de los admiradores de ese joven orador que tan por debajo está del promedio de nuestros literatos, me han contestado: «¡ah! es que usted no le ha oído; tiene una garganta privilegiada». Y yo respondo: vamos, sí, un Tamberlik ó un Gavyarre; pues como actor tampoco superará á los que podemos oír en nuestros teatros.

Durante muchos años ha estado pasando por un gigante de nuestra tribuna parlamentaria un hombre, hoy ya muy decaído, de una tremenda vaciedad y ligereza de pensamiento. Cuando muera no dejará nada.

Estos políticos no suelen dejar nada cuando mueren, ni les importa gran cosa. Tampoco se lo pide el público que les aclama, pues que lo hace como aclamaría á un actor. Sólo quiere de ellos que le entretengan, y entreteniéndole le explotan y perjudican al país.

Suele darse el caso, y con frecuencia, de que un híbrido de político y literato siga cultivando las letras después de haber hecho carrera política, llegando, por ejemplo, á ministro, pero en estos casos la estimación que á sus trabajos literarios se presta depende de su influencia y su actuación política. Llega á ser hasta peligroso emitir un juicio sereno respecto al valor literario de las producciones de un político influente; su público atribuye á envidia ó á rencoras ó venganzas toda censura. Y es indudable que si Gladstone no hubiera representando en su patria un papel tan glorioso y tan noble como representó, nadie daría valor á sus desdichados estudios sobre Homero ni en general á su labor de «scholar», que es de lo más floja que puede darse.

Y he conocido en cambio un argentino á quien habiéndole yo de Sarmiento y de Alberdi y de la labor de éstos como publicistas, me salió con una serie de consideraciones basadas en la actuación política de uno y de otro. Y hubo de decirle: «yo no juzgo á Sarmiento como político ni le conozco en tal respecto, ni me importa gran cosa por ahora; para mí es un escritor; tomo su «Facundo», v. gr. y me cuidó poco de

si el retrato es ó no parecido al original; es, como obra de arte, admirable, y me basta. ¿Qué nos importa los maravillosos retratos de Velázquez tengan ó no parecido con sus originales? Y además le tienen, pues todo retrato realmente artístico es siempre parecido, aunque sea parcial, más parecido aun que una vulgar fotografía en que conservándose al igual de todos los rasgos y sin la necesaria punta de caricatura, no sirve más que para los parientes del fotografiado.»

Hace pocos días, hallándome en Portugal, hablaba con un joven literato portugués acerca de un famoso y aburridísimo erudito lusitano, hombre de una laboriosidad ejemplar y de una esterilidad imaginativa más ejemplar todavía, capaz de dedicar un tomo en folio de 800 páginas al más obscuro coplero portugués, pero incapaz de poner en pie y hacer vivir ante nuestros ojos á un hombre de pasados siglos, y á mis observaciones adujo el joven: todo eso está muy bien y tiene usted razón que le sobra; pero en las circunstancias por que atraviesa hoy Portugal esos juicios, aun siendo ciertos, habrían de ser muy mal recibidos por la opinión pública, porque ese señor es un consecuente y prestigioso republicano.

La estimación moral del individuo es de gran peso cuando se trata de juzgarle como político; la seriedad, la consecuencia, la lealtad la abnegación patriótica, la modestia son prendas indispensables al buen político. Pero en tratándose del literato, la cosa varía. Su acción termina así que escribe y cada cual toma de sus escritos lo que más le place ó más le conviene. Aquí, en España, llegó Pí y Margall á gozar de un prestigio mercedísimo; era respetado por todo el mundo, y merecía serlo. Pí y Margall ha quedado entre nosotros como el prototipo de la honradez, la seriedad y la consecuencia política. Pero ¿ha de ser este obstáculo para que me permita yo creer que cuando haya pasado esta generación que aun le conoció y llegue otra que no le conozca sino por sus obras, reduzca su importancia? Porque como escritor, hay que confesarlo, con aquel su estilo lapidario, pero pobre, y aquel su pensamiento tan claro en fuerza de simplicidad y rigidez, es un escritor que caerá muy pronto en merecido olvido. Sólo el espíritu sectario puede no verlo así.

El politicismo, esta enfermedad que corroe á estos países en que el ágora y el foro son de tradición, á la vez que estropea la política estropea también las ciencias y las letras. Deforma no pocas inteligencias que serían aptas para el cultivo de las ciencias ó de las letras. Y como estos literatos ó científicos metidos á políticos resultan unos seres ambiguos, contaminan á su vez á los políticos puros, á aquellos cuya verdadera vocación era la política, á aquellos con capacidad de estadistas.

Figuraos un mozo audaz, de palabra fluida, de garganta de orador y con aficiones literarias, mozo que si se dedicara á las letras nunca pasaría de una muy mediana medianía. Métese á político y llega á ser una de las primeras espadas de la tribuna parlamentaria. Y como estos seres ambiguos son los que dan norma al parlamento,





corrompen á los verdaderos políticos, moviéndolos á pretenderse oradores. Nuestro Villaverde era un muy regular político y un hacendista ó financiero á quien España debe mucho, pero tomó en serio lo de que le licieran académico de la lengua, y en vez de hablar lisa y llanamente, exponiendo sus puntos de vista en el parlamento, se empeñaba en redondear períodos, y aquello era una calamidad. Y es que en nuestro desdichado parlamento se juzga á los diputados que hablan según la mayor ó menor riqueza de su vocabulario, no de su «ideario».

Este es un asunto inagotable y al que he de volver alguna otra vez, pues sé que por mucho que diga, siempre serán legión los que queden sin convencerse de que no es en la actuación política donde más y mejor se prueban los talentos. Considere el lector argentino que de tal ó cual personaje de la política de esa república, personaje influentísimo y prestigioso, ya por su elocuencia, ya por su zorrería, ya por su audacia, ya por su muñeca, personaje cuyo nombre se imprime veinte veces cada día en los diarios argentinos, de ese personaje, digo, apenas se sabe sino su nombre, y éste mal, fuera de su país y cuando haya muerto deberá su fama póstuma, si la logra, al talento de algún historiador, es decir, de un hombre de letras. Y en cambio puede haber tal oscuro escritor, luchando con el hambre día á día, desdeñado entre los suyos, que llegará á ser mañana uno de los que lleven el nombre de su patria. Y acaso es por ambición, por ambición de gloria duradera, por lo que éste desdeña las ambiciones del político.

Pero esto nos llevaría á tratar de la gloria y de su vanidad, tema delicadísimo para expuesto á un público en el cual han de abundar los que jamás han pensado en la vida de más allá de la muerte. Porque en países nuevos, formados en gran parte por aluvión de gentes en busca de fortuna ó siquiera de medios de vivir mejor que en su propia patria, la preocupación de esta vida es la predominante. El sueño de la persistencia, ya del alma, ya del nombre, tiene que aparecer á muchos como una verdadera locura.

Lo cual no quiere decir que la vanidad, el ansia de figuración, este resorte caudal de las locuras humanas, esté apagada en tales sociedades, no. No está apagada ni mucho menos, pero se ejerce de otro modo. Se ama demasiado al presente y se cree demasiado en él para conlar en un porvenir remoto; se busca en todos los campos el goce del momento. Y es difícil encontrar quien sacrifique una popularidad efímera, pero gozada en vida—cual es la del político—á una consagración duradera en el culto de los mejores, pero conseguida luego de muerte. No á todos es dado gozar con la esperanza, ni todos pueden sondar la profundidad de aquel dicho de Gounod: la posteridad es una superposición de minorías.

Nuestros países—el vuestro, lectores argentinos, y el mío—viven en el presente y de él; ó no tienen pasado ó lo olvidaron, y este olvido ó falta de pasado les impide fraguarse visión del porvenir. Y en países así son dos las fuerzas principales que apartan á la juventud del cultivo de la ciencia, las letras ó las artes arrastrándole á la política. De un lado la falta de idealidad de sus ambiciones, cuyo fin quieren tocar y gustar por entero en vida, y de otro lado la sollicitación del ámbito, del

público, que los doma y vence con su aplauso como la concurrencia de una plaza de toros doma al matador llevándole tal vez á perder su vida en un acceso de pasajera vanagloria y no siempre de afán de lucro.

MIGUEL DE UNAMUNO



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES